



Esta obra forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM

www.juridicas.unam.mx

Capítulo XVIII

Discurso último de oposición

Se concibe muy bien, señores, que cuando el gobierno se ve atacado hasta en sus últimos atrincheramientos, busque medios de salvarse y apele al ingenio si ve que no le basta la razón: pero lo que no se concibe es que pasando la línea de la defensa, acometa como un furioso, emplee armas vedadas, y quiere llamar la odiosidad sobre los que le impugnan, presentándoles aquí como abogados del desorden y como nuncios de destrucción.

Es tan fácil aventurar calificaciones injustas y pronunciar nombres execrables, como lo es presentar al público un sentimiento liberal aunque las obras lo desmientan. La lucha de los principios está empeñada, el debate abierto, la tribuna nos reclama, el mundo nos oye, la posteridad vendrá algún día a juzgarnos, y yo voy a hablar para ese mundo y para esa posteridad sin que ninguna consideración me arredre ni detenga, pues la honra del partido político a que pertenezco exige de mí que arroje la prevención y la embozada ofensa al rostro de los hombres que intentan lanzarla sobre nuestra frente.

Los esfuerzos porfiados del orador a quien contesto, se han dirigido a probar que el gobierno puede lícitamente intervenir en las elecciones. No me detendré a impugnar esta idea aunque pudiera hacerlo tan fácil como concluyentemente. Bastaríame para ello hacer observar a la Cámara que el derecho electoral está concedido por la Constitución al país y no al gobierno: bastaríame decir que los elegidos por el pueblo deben en su día juzgar la marcha del gabinete, y jamás se ha visto que se conceda a nadie intervenir en el nombramiento de los jueces que han de fallar su causa. Pero no es éste el punto de vista en el cual deseo yo examinar la cuestión.

Nosotros combatimos al poder porque interviene en las elecciones valiéndose de medios reprobados e inmorales. Él contesta simplemente que le es lícito intervenir. ¿Es esto por ventura responder al cargo, es esto entrar en la cuestión en el terreno en que se la ha colocado, es esto aceptar el debate franca y lealmente, ni pelear con armas de buena ley,

partido el campo y la luz, como los antiguos campeones? No: es sustituir el sofisma a la razón, es eludir los argumentos a que no se puede responder; es escaparse por la tangente; es construir un fantasma para sostener con él una lucha de puro entretenimiento; es en una palabra, prostituir la lógica y hasta el buen sentido. Disfrazar con vuestras palabras, vuestras intenciones y vuestra conducta, y desnaturalizar toda cuestión cuando os veis en este palenque cerrado en que los representantes del pueblo se atreven a interpelar a vuestra omnipotencia, esa es vuestra táctica, ese es el medio de que os valéis en vuestras lastimosas derrotas. Y digo vuestras derrotas, porque vuestros hechos son vuestro féretro y vuestro sepulcro: porque el triunfo que habéis arrancado en la suplantación electoral por medio del halago, de la intimidación, de las persecuciones, de las intrigas y violencias que forman la crónica vergonzosa que presentáis al país y que legaréis a los venideros para que os juzguen sin piedad ni conmiseración, ese triunfo es vuestra muerte, porque es el acta de acusación que os hunde para siempre con vuestras doctrinas.

Sí: hemos dicho y repetiremos mil veces que la opinión pública ha sido desatendida y despreciada, y que sólo se ha hecho prevalecer vuestra opinión y la de vuestros mandatarios. A esto respondéis en son de sarcasmo y desprecio que la opinión pública es indistinguible e impalpable, que es el camaleón que cambia de color en cada movimiento, el querer antojadizo del niño que desea y aborrece en un mismo instante y que se encariña con un juguete para arrojarlo bien pronto despechado. Lo que vosotros retratáis al hablar así no es la opinión pública, sino la pasión popular que nos guardaremos bien de invocar como norte seguro en estos gobiernos. Exenta de pasión, libre de todo vértigo, ajena al interés como a la venganza, la opinión pública es la suma de las opiniones individuales dirigida por instintos maravillosos, ilustrada por la razón y aconsejada por los reveses y por los escarmientos. Ella es la palabra de Dios en la tierra, y esta máxima proclamada en todas las lenguas y países se ha traducido hasta en proverbios que debieran recordar al poder que la voz del pueblo es la voz del cielo. Sí: porque la humanidad es más que los hombres que se ligan para afligirla; porque los gobiernos son para los pueblos y por los pueblos, y no los pueblos para los gobiernos ni por los gobiernos, porque las naciones deben ser tan independientes en su pensamiento como en su existencia; porque el todo no debe ser sacrificado a la parte, ni el derecho a la usurpación, ni

la ley a la arbitrariedad, ni la justicia al cálculo y al favoritismo. No digáis, pues, que a la opinión mudable y ciega del país sustituís la idea ilustrada y perseverante del gobierno: decid más bien que os habéis encerrado en una máquina neumática, que os tapáis los oídos para que no lleguen a ellos los ecos de nuestros dolores, que habéis cerrado los ojos para no presenciar nuestra miseria, que no queréis más guía ni más consejo que el de vuestra ambición y de vuestras afecciones: decid más bien que negáis la existencia de ese juez y de este poder invisible, sólo porque así os conviene, y entonces os responderemos: “Nada importa; Dios existe a despecho de los ateos que se obstinan en no reconocerle”.

Os reís también del entusiasmo, y valiera más que tuvierais lástima de vosotros mismos. No puede creer en un sentimiento elevado el que es incapaz de concebirlo.

Sin el entusiasmo no habría héroes, ni habría magnanimidad, ni habría grandes virtudes: no hubiera habido en el mundo ni Alejandro, ni Césares, ni Napoleones. Pero en las regiones heladas del egoísmo se calcula y no se siente: entre los hombres que se proclaman a sí mismos centro de la circunferencia que se agita a su vista, el deber y la patria son reemplazados por la individualidad que todo lo absorbe y por la conveniencia que todo lo materializa. Hablamos idiomas distintos, y no es extraño que no nos entendamos.

He aquí por qué sostenemos que las elecciones así fraguadas dan un resultado bastardo que representa influencias determinadas, pero no al pensamiento ni al interés nacional. Los elegidos deberían ser el genuino producto de la voluntad común, y aquí sólo son hechura del poder y de las parcialidades. Llegad a las altas dependencias. No preguntéis entre aquellos funcionarios cuáles son los que se sientan en la Cámara. Todos ellos han obtenido el sufragio de los pueblos. ¿Cómo, os diréis admirados, han podido ser elegidos por lugares remotos, que ni siquiera sabían que estos personajes estuvieran en el mundo? ¿Qué simpatías habrán podido inspirar donde son de todo punto desconocidos? Nada importa; el poder quiso, el poder mandó, y el poder fue obedecido. Ved por qué decimos con la conciencia de hombres de bien, que nada pedimos ni tenemos, que las elecciones no son elecciones, que las leyes no son leyes, y que el sistema deja de ser representativo y de interés comunal, para ser sólo de usurpación y de bandería. Si se conceden los hechos, la consecuencia es indeclinable: si se lleva el impudor hasta el punto de negarlos, el país responderá con la indignación que siente la probidad

contra la impostura, o con la risa del desprecio con que mirará tanto cinismo. Os admira sin duda nuestra ruda franqueza; decís que es un intolerable escándalo que así se hable cuando el tiempo y los acontecimientos posteriores han consagrado la elección; más poned sobre el corazón vuestra mano, y decidnos si los derechos de la verdad pueden prescribir alguna vez, si hay una ocasión sola en que el hombre deba incensar al ídolo del error y de la mentira, si puede borrarse de la conciencia pública lo que vosotros borraís tan fácilmente de vuestra memoria; decidnos por último, puesto que tanto os escandalizan nuestras palabras, en qué hay más mal, si en cometer los abusos y desmanes, o en que se denuncien al país que los ha presenciado atónito pudiendo apenas creerlos.

Respecto a la seguridad individual, se echa mano de otro sofisma no menos conocido, puesto que no es menos frecuente. Se fingen peligros que no existen, o se exageran dándoles formas colosales los livianos temores que bastaría a disipar una conducta prudente y conciliadora; se sacrifican víctimas para aplacar a esos fantasmas, y después se grita que se ha salvado la patria, y que el reposo de la sociedad entera se debe al duro escarmiento hecho en los perturbadores. Nosotros no queremos la revolución ni los crímenes: queremos sólo que impere la ley y no la violencia ni la fuerza: porque el empleo de ésta cuando no es en defensa de la nación o de su libertad, es siempre sacrílego, ya se anuncie de una manera bárbara como en la persona de Atila, o ya con vistosos batallones y con músicas marciales que resuenen en los campos talados y en las poblaciones destruidas como en la persona de Bonaparte. No pronunciamos, no, una herejía cuando opinamos que la vida social en un gobierno que manda por la violencia es mil veces peor, más expuesta y azarosa que la vida errante de los bosques. Los salvajes merecen más disculpa en sus ultrajes a la humanidad que los hombres civilizados.

Aquellos hacen la guerra para defender la choza que fabricaron en su marcha rápida a través de las soledades, por defender el árbol que les brinda frutos y sombra, o la orilla del mar que les asegura su alimento. Los pueblos que se llaman cultos se destruyen entre sí por rivalidades, por odios y por ambiciones, y muchos gobiernos, que se apellidan clementes y paternales han inmolado víctimas en sus terribles reacciones hasta que han creído que descansaba con seguridad su poder sobre montones de cadáveres. Paulo Emilio vende en Epiro ciento cincuenta mil moradores de sesenta ciudades destruidas; César da gracias a los dioses

porque ha exterminado a los Galos, vendido cincuenta y tres mil prisioneros y hecho morir en Avarico cuarenta mil ciudadanos inermes. Y no hace mucho que hemos visto algunos gobiernos de Europa que después de las convulsiones de sus Estados han hecho expiar la denodada defensa de sus súbditos, entregándolos a centenares a la cuchilla de los verdugos. Decid, pues, si nuestras comparaciones son locas o exageradas.

Y al obrar así, al descargar el golpe sobre personas inocentes sólo por un recelo quimérico, por aquel cuidado que asalta sin cesar al hombre cuando tiene en su memoria un juez y un acusador, se dice que es imitar a la Providencia que olvida a los individuos para pensar en los pueblos, a los pueblos para pensar en las naciones, y a las naciones para pensar en la humanidad: ¡Horrible de nuestro! No insultéis, no, a las leyes eternas que gobiernan al mundo; a esa mano invisible que se halla en todas partes para conservarnos y para protegernos, ya que así os subleváis contra sus mandatos. La Providencia vela sobre todas las criaturas, y lo mismo vale a sus ojos el pastor que el rey, el esclavo que el conquistador. Vosotros, por el contrario, os ligáis con predilecciones funestas, y lo olvidáis todo para pensar sólo en vosotros y en vuestros adeptos. No conocéis ni la tolerancia ni la piedad: erigís el rigor en sistema; y para señalar las cabezas que os proponéis herir, dais el santo y seña a vuestros partidarios con estas palabras: “El que no es con nosotros es nuestro enemigo, y debe ser exterminado”.

Desterrando así la seguridad y la confianza, no podéis tener lo que negáis a los demás. En todas partes veis conspiraciones, por doquier encontráis peligros, y cualquier cosa os inspira recelo y temor. Por eso prohibís a los ciudadanos que se reúnan, y más todavía que vengan a turbar vuestra fingida serenidad con la exposición de sus agravios y con las quejas de su dolor.

No teméis ciertamente que de estas reuniones surja una idea atrevida o trastornadora que ataque a la libertad: lo que teméis es que de la opresión brote el despecho, que la palabra “venganza” encuentre eco en todos los corazones, y que vuestro poder se aniquile al impulso de la popular indignación. Os equivocáis sin embargo. No quiere la nación apelar a medios violentos; no quiere confiar el cambio de sus destinos a una revolución que lleve a la tempestad por piloto, y que por lo tanto se estrelle o naufrague: quiere una marcha tan pacífica como justa, quiere ser gobernada por la ley y no por la arbitrariedad o por el capricho.

Pero vosotros deseáis ejercer un poder sin contradicción y sin límites, y por eso hacéis enmudecer a la imprenta, para que no publique vuestros errores ni defienda los buenos principios. Nosotros hemos sido los primeros en protestar contra sus desmanes, y sería más que una impostura, una maldad suponernos asociados a sus desafueros. Haced lo contrario de lo que hacéis, y contad con nuestro apoyo. Si combaten las doctrinas, presenciad tranquilos su lucha, seguros de que vencerá la más provechosa, porque en la lid del pensamiento siempre la verdad triunfa del error. Si se os denuncian abusos, acudid a corregirlos en vez de ahogar la justa queja; y si alguna vez el tiro llegase hasta vosotros, sed tolerantes e impasibles, porque éste es el primer deber de todo hombre público, y decid como decía el gran Teodosio en ocasión en que se le hacía blanco de las calumnias. “Si es ligereza, despreciemos; si es locura, tengamos compasión; y si es deseo de dañar, perdonemos”. Pensad que Aristides condenado a destierro por la injusticia de sus conciudadanos, no alzó su voz contra la ley que permitía su acusación, porque si ésta hubiera estado vedada, a la sombra de la prohibición se hubieran salvado mil magistrados corrompidos: pensad que Catón, citado varias veces en justicia sin motivo alguno, jamás pronunció la menor queja: pensad que si los decemviros dieron leyes contra los libelos, fue sólo porque temían que por este medio se denunciasen sus maldades. El que se halla tranquilo en su interior desafía en calma la maledicencia, porque sabe que sus dardos se rompen cuando dan en el muro de la probidad y de la virtud. Pero los hombres del poder actual no se acomodan con esta política de tolerancia, porque quieren imponer su pensamiento y hacerlo reinar sin contradicción. Por eso es su lema el exclusivismo, y sólo sus amigos son llamados a los cargos, honras y dignidades. A esto se nos dice que sería una insensatez confiar su principio de gobierno a los que les son hostiles. ¿Mas qué es esto sino confesar que se sigue una política puramente personal, a la que sólo pueden acomodarse los que ven en ellas su lucro y sus ventajas, y que capitulan con su conciencia para abrirse un camino a sus ambiciones y a su fortuna? Cuando la marcha de un gobierno descansa en principios fijos y aceptables, encuentra su apoyo en todos los corazones rectos e independientes: cuando esa marcha es sólo de bandería y no tiene otro norte que el del propio engrandecimiento, entonces y sólo entonces es cuando hay necesidad de separar de toda influencia a los hombres rectos y justificados,

porque no pueden servir de instrumento a un sistema tan parcial y destructor. Esto será ciertamente mandar, pero no gobernar.

Un gobierno no debe ser nunca de partido. Cuando lo es, basta tener una opinión conocida para que el poder fije su vista en las nulidades que sólo se recomiendan por la mancomunidad de principios o por la ductilidad de su carácter, y los cargos recaen, no en los más dignos, sino en los más fanáticos por aquellas ideas, o en los más sumisos y complacientes a la voluntad que domina. Si por el contrario la política descansa en un principio de justicia y de interés común, todas las gradas de la escala social se ven ocupadas por el verdadero mérito, y sirviendo a la vez de estímulo al talento y al heroísmo esta participación equitativa, brotan espontáneamente los hombres capaces y dignos, como brotan de la tierra las plantas al influjo del sol de primavera que las desarrolla y fecundiza. Cuando el mérito es esquivado y tal vez perseguido, se retrae y oculta; la nave del Estado se confía a manos imperitas; por todas partes se extiende el desaliento, todos miran con frialdad aún a la nación misma que sólo sirve de patrimonio a unos pocos, y el gobierno y acaso las instituciones derrumban; porque no debe olvidarse que si pueden ser derribadas por el odio, también pueden morir por la indiferencia. Esa indiferencia es ya por desgracia entre nosotros el síntoma precursor de la muerte del sistema, porque nadie se mata sólo por nombres, ni defiende lo que no le asegura ni protección ni ventajas de ningún género.

¿Ni cómo podía ser otra cosa cuando merced a ese funesto exclusivismo y a esas ciegas persecuciones son tan pocos los que gozan y disfrutan, y tantos los que padecen? Y no se nos diga, no, que venimos a sostener la idea absurda de un irrealizable comunismo. Nuestra divisa es la justicia, y no se avienen con ella las violencias ni las depredaciones. Siempre ha habido ricos y pobres, se dice: más lo que nosotros queremos es que ese mal inevitable no se aumente por el gobierno que lo debe en lo posible disminuir, y que su mano destructora no extienda la miseria para amontonar las riquezas y los gozes en los hombres que no tienen otro título que el de sus servicios bajos e interesados. Lo que nosotros queremos es que la llama luminosa que se eleva de las mansiones de una opulencia tan insultante como inmerecida, no sirva para que a su reflejo veamos sólo un país devastado y hambriento, donde resueñan los ayes del dolor, como antítesis horrible a los cánticos y a los brindis que circulan por los salones de palacios improvisados.

A esto se dice, sin embargo, que ese lujo pone en circulación el dinero y le hace llegar a las manos del pobre que de otro modo perecería por falta de ocupación. Mas nosotros preguntaremos ¿qué utilidad estable y fecunda saca el país de ese alivio parcial y transitorio? ¿Qué queda de esos edificios con que se intenta rivalizar el poder de los soberanos? Sólo un renglón, o más bien un epitafio que diga: *aquí está enterrado un tesoro*. ¿Qué queda de esas fiestas que dan atolondramiento y no felicidad, y que consumen en vanos y frívolos placeres lo que invertido de otro modo haría la riqueza y la dicha de los pueblos? Un recuerdo doloroso y una comparación hartamente triste. Sí: porque ese fuego calienta a muy pocos, y no produce más que una columna de humo que bien pronto se disipa.

Citáis la historia, y de ella queréis deducir que esos gastos enormes han dado brillo y poderío a las naciones antiguas y modernas: pero la historia es un testigo y no un adulator, y no se presta a lisonjear vuestros caprichos, ni a excusar vuestras faltas. Vosotros la presentáis como el cincel nos presenta la estatua de Polifemo, con un solo ojo, porque no queréis ver las cosas más que del lado que os conviene. Ofrecéis a nuestra admiración el reinado de Pericles: ¿pero por qué no decís que consecuencia del lujo que en él extendió su fulgor pasajero, fue una guerra desastrosa y una horrible epidemia de que el mismo Pericles fue víctima, después de haber visto miserable y hambrienta una población tan rica, amontonados e insepultos los cadáveres de sus habitantes, y expirar a su vista a su misma familia entre la desesperación y las privaciones? ¿Por qué no decís que los Griegos vencedores en todas partes mientras el sentimiento de la patria anidaba en sus corazones magnánimos, vieron irse debilitando y arruinarse por completo su poder desde que dieron entrada a la corrupción y al lujo que procuraban los sátrapas Medos, ocupados en ganar con el oro y con las voluptuosidades a los que no habían podido subyugar con la espada? Presentáis el ejemplo de Roma: pero ¿por qué no decís que a la muerte de César todo su esplendor no era más que un vestido ricamente bordado para ocultar las llagas y las heridas que brotaban sangre de aquel cuerpo colosal y casi invencible? ¿por qué no decís que mientras los poderosos no se contentaban con poseer magníficas casas; mientras Lúculo decía que como las golondrinas cambiaba de cielo según las estaciones teniendo para cada una de ellas soberbios palacios; mientras las casas de campo se habían convertido en mansiones de delicias bien diferentes de los modestos albergues

de Cincinato, de Régulo y de Catón el viejo; mientras en las comidas suntuosas se llegaba a pagar 10,000 sextercios por un solo plato; y mientras Marco Antonio escribía el elogio de la embriaguez, y mientras los ricos se entregaban locamente a todos los placeres de la sensualidad y de la crápula, el pueblo estaba miserable y envilecido, las costumbres se pervirtieron, las suegras se entregaban a sus yernos y envenenaban a sus hijas, la hermana de Clodio gozaba de las caricias de su propio hermano, la mujer de Pompeyo perdía todo pudor, y hasta Tulliola, hija de Cicerón, suscitaba sospechas de mantener criminal comercio con su padre? ¿Es éste el brillo que queréis para nuestra patria? ¿Son éstos los bienes que nos reserva vuestra política de goces y de disipación insultante?

Nos habláis también de otros pueblos modernos: más no pensáis que en ellos el trabajo y el venturoso fruto de una administración acertada, ha precedido a la grandeza que hoy se admira; que el gobierno ha desarrollado todos los medios de riqueza, la ha engendrado y extendido antes de que las costumbres se impregnasen del fausto y la esplendidez: tomáis el efecto por la causa, y creéis que el lujo da la vida, cuando sólo es el síntoma o la consecuencia de una precedente fermentación y virilidad. Aún así no es difícil presentir las tristes realidades que no pocas veces oculta una corteza tan brillante y seductora.

Para interesar a la humanidad, o más bien para deslumbrarla, se dice que algunos de los edificios levantados con tanto dispendio y profusión, sirvan a objetos filantrópicos, dando abrigo, ocupación y alimento a los pobres que inundaban las calles, ensordeciéndolas con sus demandas lastimeras. ¿Pero cuál es la realidad de esa caridad tan decantada? De tal modo el genio del desacierto preside a todas vuestras obras, que hasta el bien lo hacéis mal, convirtiendo lo que debería ser un remedio, en un verdadero martirio. Habéis proporcionado un asilo a la indigencia; pero es un asilo forzado, un asilo que guarece al cuerpo destrozando al corazón; un asilo que resisten los mismos a quienes se brinda, prueba de que no está de acuerdo con los sentimientos de su amor y de su ternura; un asilo que pone un pedazo de pan en la mano del pobre, pero que le separa de su familia a quien quita a la vez los pocos recursos que pudiera agenciarse la miseria con su plegaria dolorida. Desde que vuestra compasión funesta ha establecido esas prisiones con el nombre de establecimientos benéficos, se ve a los desvalidos que se os llegan al paso, y que recatándose como si cometieran un delito, os piden con un

misterio que ofende, el socorro que quieren con la libertad, y que aborrecen en el cautiverio. Obran así porque saben que si se les ve pedir son conducidos inmediatamente a ese lugar de consuelo que ellos miran como un castigo. ¿Os extraña su conducta? También el pájaro busca el grano perdido en la soledad de los campos, y no lo quiere en la jaula por dorada que sea. ¿Qué es esto? ¿Se prohíbe quejarse al que sufre, pedir al que necesita, y alargar la mano al que cuenta con la caridad de las almas sensibles? ¿Es la pobreza un crimen que se debe ocultar, o es más bien, que los que tienen y disfrutan no quieren ver el cuadro de las miserias ajenas, ni presenciar las lágrimas ni oír la voz lastimera del indigente? ¿No basta que éste carezca de todo, sino que también la sociedad se ha de interponer entre él y su favorecedor para que el lamento del desgraciado no resuene en el torbellino del mundo, ni se mezcle con las voces de alegría que salen de las bocas hartas y satisfechas? Pero me diréis: “Esos miserables quieren tener en el ocio lo que se les da en el trabajo; desean gozar en la vagancia lo que miran asegurado en la reclusión”. Mas por ventura, ¿cuándo las trasladáis a ella les hacéis acompañar de sus mujeres y de sus hijos en quienes hallan cuidados y consuelos que no pueden esperar de vuestra conmiseración fría y reglamentaria? ¿Ven en esa morada sombría el hogar en que mecían a sus hijos, el techo que les abrigaba en su desventura, los amigos que les consolaban en su desgracia, ni el lecho en que solían adormecer sus pesares? ¿Y sus mismas familias no quedan en el mayor desamparo? ¿Qué suerte les espera, quién cuidará de su vida abandonada, quién tomará por ellas el interés que sólo siente un padre por miserable que se encuentre, porque bajo los harapos de la indigencia puede palpitar de ternura el corazón, acaso más bien que bajo los ostentosos vestidos del rico, y bajo las placas y condecoraciones de los potentados? He aquí por qué se huye de un beneficio que en realidad es un tormento; he aquí por qué se maldice una caridad que presentada bajo otras formas atraería sobre sí mismo mil bendiciones. ¿Por qué no dispensáis socorros domiciliarios a los imposibilitados y enfermos para que puedan disfrutar de vuestro auxilio al lado de sus familias, y gozando de sus cuidados y esmeros que nadie puede reemplazar? ¿Por qué a esos otros brazos útiles por su juventud, pero que están en la inacción, no los empleáis en abrir canales, en construir caminos, y en acometer otras empresas de utilidad común, dignas por ello de ocupar la atención de un gobierno previsor y activo? Entonces no sólo no clamáramos contra vuestros gastos, sino que os estimu-

laríamos a que los aumentaseis; porque el empleo de los capitales sería de una utilidad inmediata y reproductiva, extendería la riqueza, mejoraría todas las condiciones sociales, y llevaría hasta la cabaña del pobre los medios de subsistencia de que se ve privado por la esterilidad y el egoísmo de vuestro sistema. Pero levantamos contra vosotros nuestra voz, porque no son de este género vuestros proyectos. Placeres frívolos de un instante comprados a costa de grandes sumas; brillo aparente que oculta una realidad desconsoladora; soberbios espectáculos que distraen la atención, el corazón y el alma de otros objetos más grandes e importantes; disipación que pervierte las costumbres y ahoga a todo sentimiento elevado y noble; tales son los objetos de vuestra preferencia consagrados en favor de unos pocos y que aumentan en vez de remediar la miseria pública. No esperéis que entonemos himnos de alabanza a vuestros actos mientras sus ventajas no salgan del estrecho círculo de vuestros amigos, haciéndose sentir en provecho de todo el país; porque el país todo nos ha enviado a este sitio; al país todo representamos; el país todo nos contempla; el país todo tiene derecho a nuestra defensa, y el país todo nos pedirá cuenta algún día del uso que hayamos hecho de sus poderes y confianza. No esperéis, repito, que transijamos jamás con vuestras parcialidades y exclusivismo; porque si para vosotros no hay más que arbitrariedad y afecciones, nosotros sólo conocemos una razón, una justicia y una patria.

Tal es, señores, el verdadero retrato de los actos del poder, y tal la cumplida respuesta que debe darse a sus ingeniosos discursos. No basta echar mano del sofisma para sostener el error, ni dirigirse a las crédulas pasiones tan fáciles de interesar: lo que se necesita es tener razón, y la nación sabe que el ministerio no la tiene en esta contienda: sabe que para él no hay leyes, porque todas las viola, ni principios porque todos los conculca, ni pueblos, porque los desatiende y desprecia, ni derechos, porque cada día los ultraja, ni intereses sociales, porque a ellos se ha reemplazado el interés de partido y el insaciable anhelo de propio engrandecimiento. Sabe que los diputados no se eligen, sino que se imponen; que la seguridad personal no es un principio social, sino un favor que los hombres dispensan en tanto que así les place; que el derecho de petición no existe ni aun como mera gracia; que la imprenta es tan esclava como lo son los ciudadanos; que en vano es alegar méritos si no se cuenta con el favor; y que en medio de tantas calamidades y de tanto luto, sólo brillan en este funeral las antorchas de los favorecidos, triste

emblema de la pira de los antiguos destinada a alumbrar el suplicio, y a consumir después los despojos de las víctimas.

Si en este estado tan violento y repugnante hay una demostración que anuncie el disgusto o que revele el odio que engendran en el pueblo tantos abusos, se hace venir a la fuerza en defensa de la injusticia, se asesina en vez de juzgar, y se alzan los cadalsos para imponer a la vez terror y silencio, porque los muertos no hablan, y el sepulcro no vuelve su presa. Que se nieguen si hay valor para ello estas verdades: y si en el fondo del corazón se siente el peso de su evidencia, que enmudezca el labio de nuestros adversarios, y que inclinen su cabeza oprimida con los recuerdos que no pueden menos de llevar al corazón los más atroces remordimientos.

Y cuando tal es la marcha y el estado de las cosas, todavía se ultraja al pueblo suponiéndole dispuesto a los trastornos y al crimen, para fabricar sobre hipótesis soñadas, pinturas sangrientas de calamidades y de horrores. Se suponen para ello designios que no existen, conatos que jamás tendrán lugar, revoluciones que son imposibles siempre que los gobiernos no las provocan con su arbitrariedad: excesos por último increíbles en un país que aun en la embriaguez de sus triunfos se ha hecho notable por su generosidad y por su clemencia. Se pinta con los colores más recargados el combate a viva fuerza de las opiniones que se disputan al campo, y se hace oír el ruido de las armas, y se hace ver la sangre que mancha las calles y el aposento del ciudadano pacífico, y se hace presenciar el alarido de los que pelean, y el grito de dolor y de indignación de la virgen profanada, y del padre y de la madre que pierden en esta lucha fratricida el apoyo y el consuelo de sus días cansados y solitarios. Pero esto no es más que llamar al miedo en auxilio de la opresión, para que las almas tímidas y sobradamente crédulas prefieran la terrible agonía que sufren a una muerte que se les presenta como inevitable: no es más que trazar con la imaginación un campo del que se hacen salir fantasmas con centellantes miradas y con ensangrentadas manos. Yo también opondré a mi vez pintura a pintura y cuadro a cuadro; pero con la diferencia de que no hablaré del porvenir; sino de la actualidad; no vaticinaré lo futuro sino que describiré lo presente; no vagaré por las ilimitadas regiones de la fantasía, sino que me encerraré en nuestra situación tan lamentable como positiva.

Yo veo, diré, un poder fatalmente ciego como otro Edipo que recorre a largos pasos el camino del mal, y que seca y mata cuanto encuentra en

su funesta carrera: veo cubiertas las estatuas de la ley con un denso velo, como se cubren en ciertas épocas las imágenes de los templos: veo retraída y humillada la probidad y la virtud, en tanto que hacen alarde de su impudor la corrupción y la bajeza: veo que han desaparecido los principios, y que en su lugar han quedado mentidas palabras en que nadie cree, una religión política sin creencias, una divinidad sin culto verdadero, un culto falso sin santuario inviolable, y un santuario profanado sin puros y santos sacerdotes: veo las teorías salvadoras de la libertad escarnecidas a cada paso, y que en su lugar se levanta una arbitrariedad hipócrita que no se atreve a llevar su propio nombre, y que se disfraza con el del principio sacrificado, como el vencedor se engalana con las insignias y las armas del enemigo a quien dio muerte en la batalla: veo una dinastía de hombres que aspiran a trasmitirse el poder cual si fueran reyes, para que la nación gima eternamente bajo el peso de su saña y de su omnipotencia: veo una brillante corte hija del favor, de la lisonja o de las decepciones que le rodea feliz y opulenta, y que en tanto la nación entera calla y padece, y llora, y se ve agotada en sus recursos como en su paciencia, y cuenta los instantes que pasan por las injusticias que sufre, y sólo puede aguardar del cielo el remedio a tantos males, porque se la ha amarrado fuertemente haciendo de su escudo la lanza de agresión, y de sus representantes y sostenedores los aliados de sus enemigos: veo suplicios donde debía haber coronas, coronas donde debía haber suplicios, riqueza y lujo donde debía haber oscuridad, importancia donde no se ve más que pequeñez, en todas partes invertido el orden, y en todas ellas oigo el suspiro incesante de un pueblo engañado en sus sacrificios, burlado en sus esperanzas, ultrajado y vendido en sus derechos y aspiraciones. Ahora bien, legisladores; yo os ruego que no atendáis a las palabras, y que consultéis sólo los hechos. Leed en la historia de nuestros días; registrad los anales de vuestra memoria; preguntad a vuestra conciencia, y decidme si hay mentira o exageración en el boceto que acabo de bosquejaros.

Para entregaros a ese examen exentos de interés y de pasión, cerrad ante todo los ojos para no ver el brillo fascinador del poder, y juzgad a sus hombres como los juzgaréis si apareciesen a vuestra vista sin nada que pudiera engendrar una promesa o inspirar un temor.

Juzgadlos con la severidad con que juzgaríais al ser desvalido y oscuro que cayera bajo la mano de los tribunales, o con el rigor inflexible

que tendríais con vosotros mismos en el santuario de vuestro corazón, si contra vosotros elevara la voz del remordimiento.

No podéis decir que ignoráis tantos desafueros, porque esto sería una falsedad escandalosa contra la cual dejaría oír un grito unánime de condenación y desprecio a la conciencia pública. No podéis alegar que las circunstancias los excusan, porque la libertad y la justicia son de todos los países, de todos los tiempos y de todas las circunstancias, y vosotros sabéis además como yo que esto no sería más que un pretexto. No podéis decir que teméis las contingencias de una mudanza, porque si la prudencia aconseja gran tino en procurarla cuando la situación es buena o por lo menos aceptable, nada se puede aventurar cuando la actualidad es horrible y desesperada.

No podéis pretextar que teméis las agitaciones, porque los pueblos son como el enfermo, que sólo se muestra inquieto y varía de posición continuamente, cuando la fuerza del mal le oprime y da esa anhelante inquietud. Testigos y acaso víctimas como todos, sois de ese sistema funesto que burla los destinos de una nación grande y generosa, hoy convertida sólo en un desierto o en una mazmorra. ¿Diréis todavía, cediendo a los temores que se os han sabido inspirar, que teméis a una revolución? Pensad que hay gobiernos que por sí mismos son una revolución permanente y tal vez peor que todas ellas, porque la espada que se esgrime con el escudo de la autoridad y en nombre de la ley alcanza a donde no llega el acero de los Sicarios, hierde lo que aquellos respetan, y condena hasta la memoria de las víctimas que en los trastornos políticos se salva y recomienda a una posteridad vengadora. Esa posteridad nos aguarda para juzgarnos, e inútil sería engañar u oprimir a la opinión que hoy se agita y mueve en torno nuestro, si la opinión de mañana, de una generación imparcial que ha de venir a apoderarse de nuestros actos, escribe la palabra *maldición* al lado de nuestros nombres.

Ahora decidid.